

LXXXIX

MEMORIAS DE UN SACRISTÁN

I

Dos de abril.—Un bautizo.—¡Hermoso día!
El nacido es mujer, sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordán su sien rocía;
todos se ríen, y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
mira, gime y se aleja: aquí hay misterio.

II

A unirse vienen dos de amor perdidos.
El novio es muy galán, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?
Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
un primo á la mujer, y él á una prima.

III

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto, ó se murió? Todo es incierto.
Solos estamos sacristán y cura.
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez: La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: después... ¡quién sabe!

XC

EL ANÓNIMO

Sobre la tumba de ella escribió un día:
—¡Por darte vida á tí, me mataría!—
Y al otro día, por autor incierto,
con lápiz al final se vió añadido:
—Si ella hubiese vivido,
ya de hastío tal vez la hubieras muerto.—

XCI

NUEVO TÁNTALO

Hay un rincón maldito en el infierno
desde el que, en vaga y celestial penumbra,
para aumentar el sufrimiento eterno,
otro rincón del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
la hermosa luz de tu semblante alumbra,
si es mirarse en tus ojos retratado
hacerle ver el cielo á un condenado?

XCII

EL ALMEZ

I

Junto á este mismo almez, á *Rosa* un día
hice votos de amarla eternamente.
Se está oyendo en el aire todavía
de mi acento el rumor.
¿Por qué siento, mis votos olvidados,
esclavo de otra fe, nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
mas no pasa el amor.

II

Otro día, á *Rosaura* encantadora
al pie del mismo almez juré lo mismo,
y recuerdo que, entonces, como ahora,
cantaba un ruiñeñor.
Pasó el tiempo, y los nuevos ruiñeñores
vinieron á cantar á otra hermosura:
porque se van amados y amadores,
pero queda el amor.

III

Después, al pie de este árbol, he sentido,
extático mirando á *Rosalía*,
momentos de emoción, en que he perdido
para siempre el color.
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron antes,
si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí! ¡que es siempre, siendo otros los amantes,
uno mismo el amor!

IV

Almez, á cuyo pie tanto he adorado;
de amores, que aun vendrán, altar querido;
que enciendes, recordando mi pasado,
de mi sangre el ardor...
Tú morirás, cual muere nuestra llama,
y otro árbol nacerá de tu semilla,
porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
es eterno el amor.

V

Y cuando el mundo al fin sea extinguido
y se oiga en las regiones estrelladas
del orbe entero el último crujido
en inmenso fragor,
Dios de nuevo la nada bendiciendo,
de ella hará otros almeces y otros mundos,
é irá un hervor universal diciendo:
—¡Amor! ¡amor! ¡amor!...—

XCIII

¡ASÍ!

I

—Mira hacia allá. Tu eléctrica mirada
¿por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcán! ¡muero abrasada!
¡No me mires así!—

II

—Mira hacia acá. Tus ojos inconstantes
ya no se clavan con ardor en mí;
si he de vivir, mírame *así*... como antes...
Fíjate bien: *¡así!*—

XCIV

EL ALMA EN VENTA

Así con Satanás Julio habló un día:
—¿Quieres comprarme el alma?— Vale poco.
—Tan sólo por un beso la daría.



—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
—¿La compras?—No.—¿Por qué?—Porque
(ya es mía.)

XCV

EL OJO DE LA LLAVE

*No te ocupes en cosas ajenas,
ni te entremetas en las cosas de
los mayores.*

(KEMPIS, lib. 1, cap. XXI.)

I

Á LOS QUINCE AÑOS

Dos hablan dentro muy quedo;
Rosa, que á espiar comienza,

oye lo que le da miedo,
ve lo que le da vergüenza.
Pues, ¿qué hará que así le espanta
su amiga á quien cree una santa?
No sé qué le da sonrojo,
mas... debe ver algo grave
por el ojo,
por el ojo de la llave.

El corazón se le salta
cuando oye hablar, y después
mira... mira... y casi falta
la tierra bajo sus pies.
¡Ay! si ya á vuestra inocencia
no desfloró la experiencia,
no miréis por el antejo
del rayo de luz que cabe
por el ojo,
por el ojo de la llave.

Desde que á mirar empieza,
de un volcán la ebullición
sube á encender su cabeza,
va á inflamar su corazón.
Claro; el ser que piensa y siente,
siempre, cual ella, en la frente,
tendrá del pudor el rojo
cuando de mirar acabe
por el ojo,
por el ojo de la llave.

De aquel antejo á merced
mira más... y más... y más...
y luego siente esa sed
que no se apaga jamás.
Mas, ¿qué ve tras de la puerta
que tanto su sed despierta?
¿Qué? Que á pesar del cerrojo,
ve de la vida la clave
por el ojo,
por el ojo de la llave.

Haciendo al peligro cara,
ve caer su ingenuidad
la barrera que separa
la ilusión de la verdad.
Pero ¿qué ha visto, señor?
Yo sólo diré al lector
que no hallará más que enojo
todo el que la vista clave
por el ojo,
por el ojo de la llave.

Siguen sus ojos mirando
que habla un hombre á una mujer,

y van su cuerpo inundando
oleadas de placer.
Su amiga de gracia llena,
¿no es muy buena? ¡ah! ¡sí, muy buena!...
Pero ¿hay alguien cuyo arrojito
de ser mirado se alabe
por el ojo,
por el ojo de la llave?

II

A LOS TREINTA AÑOS

Mas, quince años después, Rosa ya sabe
con ciencia harto precoz,
que el mirar por el ojo de la llave
es un crimen atroz.

Una noche de abril á un hombre espera:
la humedad y el calor
siempre son en la ardiente primavera
cómplices del amor.
Húmeda noche tras caliente día...
Rosa aguarda febril.
¡Cuánta virtud sobre la tierra habría
si no fuera el abril!

Y como ella ya sabe lo que sabe,
después que el hombre entró,
de hacia el frente del ojo de la llave
cual de un espectro huyó.
Y cuando al lado de él, junto á él sentada,
en mudo frenesí
se hablan ambos de amor, sin decir nada,
Rosa prorrumpe así:

— ¿El ojo de la llave está cerrado?
¡Ay hija de mi amor!
Si ella mirase, como yo he mirado...
Voy á cerrar mejor.

XCVI

MIS LECTURAS

Después de Job, para templar mi enojo
leo cantos de Byron con ardor;
pero, espantado de los dos, arrojito
si á Job con pena, á Byron con horror.
Entre un vil muladar y un negro infierno
me quita éste la fe, y aquél la calma;
y al fin, entre el antiguo y el moderno,
prefiero el Job del cuerpo al Job del alma.

XCVII

CUANDO PITOS FLAUTAS...

Nunca de joven, mi bien,
me diste á besar tu mano,
y hoy me besan, siendo anciano,
tus nietas cuando me ven.
Las mandas besar, á quien
tú no has besado jamás,
porque humillándome vas,
por medios de astucia llenos,
joven... por carta de menos,
viejo... por carta de más.

XCVIII

LO DE SIEMPRE

I

Un galán la adoraba,
y ella reía, mientras él lloraba.

II

Después de cierto día,
mientras ella lloraba, él se reía.

XCIX

EL JUEGO DE LAS GRAMÁTICAS

Para entenderse mejor,
dos que se vieron y amaron,
con avidez estudiaron
ella *ruso* y él *francés*.

Pero pronto un nuevo amor
sus lenguas vino á cambiar,
y tuvieron que estudiar
ella *español* y él *inglés*.

C

LA VIUDA Y EL FILÓSOFO

ELLA: — Muerto mi bien, me matará la pena.
ÉL: — ¡Ay! ¡cuánto envidia ese dolor mi hastío!
ELLA: — ¡Urna es mi corazón de polvo llena!
ÉL: — Mi pecho es un sarcófago vacío.
ELLA: — ¡No hay suerte tan cruel como mi
(suerte!
ÉL: — ¡Dichosa la que amó y ha sido amada!
ELLA: — ¡Hoy en mi corazón reina la muerte!
ÉL: — ¡En el mío es peor, reina la nada!



CI

EL GAITERO DE GIJÓN

A MI SOBRINA GUILLERMINA CAMPOAMOR Y DOMÍNGUEZ

I

Ya se está el baile arreglando.
Y el gaitero ¿dónde está?
— Está á su madre enterrando,
pero en seguida vendrá.
— Y ¿vendrá? — Pues ¿qué ha de hacer?
Cumpliendo con su deber
vedle con la gaita... pero,
¿cómo traerá el corazón
el gaitero,
el gaitero de Gijón!

II

¡Pobre! ¡Al pensar que en su casa
toda dicha se ha perdido,
un llanto oculto le abrasa
que es cual plomo derretido!
Mas, como ganan sus manos
el pan para sus hermanos,
en gracia del panadero,
toca con resignación
el gaitero,
el gaitero de Gijón.

III

¡No vió una madre más bella
la nación del sol poniente!...
¡Pero ya una losa, de ella
le separa eternamente!
¡Gime y toca! ¡Horror sublime!

Mas, cuando entre dientes gime,
no bala como un cordero,
pues ruge como un león
el gaitero,
el gaitero de Gijón.

IV

La niña más bailadora,
— ¡Aprisa! — le dice — ¡aprisa!
Y el gaitero sopla y llora,
poniendo cara de risa.
Y al mirar que de esta suerte
llora á un tiempo y los divierte,
¡silban, como Zoilo á Homero,
algunos sin compasión
al gaitero,
al gaitero de Gijón!

V

Dice el triste en su agonía,
entre soplar y soplar:
— ¡Madre mía, madre mía,
cómo alivia el suspirar!
Y es que en sus entrañas zumba
la voz que apagó la tumba;
¡voz que, pese al mundo entero,
siempre la oirá el corazón
del gaitero,
del gaitero de Gijón!

VI

Decid, lectoras, conmigo:
¡Cuánto gaitero hay así!
Preguntáis ¿por quién lo digo?
Por vos lo digo, y por mí.
¿No veis que al hacer, lectoras,
doloras y más doloras,
mientras yo de pena muero,
vos la recitáis, al son
del gaitero,
del gaitero de Gijón?...

CII

Para querer á un rico, que es un necio,
por pobre me entregaste al abandono.
Si ha sido por codicia, te desprecio;
si ha sido por amor... ¡te lo perdono!

CIII

AMORES DE ULTRATUMB

I

Que le enterrasen mandó
Almanzor el aguerrido,
entre el polvo recogido
en las batallas que dió.

II

De una muerta que adoré,
y á la que nunca he olvidado,
cuando me muera, enterrado
entre sus restos seré.

III

¡Yo, más feliz que Almanzor,
en mortaja diferente,
gozaré perpetuamente,
si él la gloria, yo el amor!

CIV

ELLOS Y ELLAS

Se quieren dos; y él y ella
de amor, ó de bondad, el pecho lleno,
mientras él nos pregunta: — ¿es bella, es bella?
ella va preguntando: — ¿es bueno, es bueno?

CV

EL AMOR Y LA FE

AL PIE DEL RETRATO DE QUINTANA, EN EL ALBUM DE LA SEÑORA
CONDESA DE ANTILLÓN

Jamás cantó la fe ni los placeres,
pero probó su musa soberana

que no son ilusiones los deberes,
ni el patriotismo una palabra vana.
Mas, no adorando á Dios ni á las mujeres,
¿cómo amaba y creía el gran Quintana?
Yo, exceptuando el amor, nada deseo.
Si suprimís á Dios, en nada creo.

CVI

CUESTIÓN DE NOMBRE

De una hermosa pagana la existencia
salvó un cristiano, y, con fervor divino,
la pagana dió gracias al *Destino*,
y el cristiano alabó la *Providencia*.

CVII

LOS EXTREMOS SE TOCAN

Mientras la abuela una muñeca aliña
y, haciéndose la niña, se consuela;
haciéndose la vieja, usa la niña
el báculo y la cofia de su abuela.

CVIII

LA CONDICIÓN

Al regresar del otero,
lleno de gozo y cariño
les dió á una niña y un niño
dos pájaros un cabrero.
Dándole un beso primero,
la niña al suyo soltó;
al pájaro que quedó
no se le pudo soltar,
porque el niño, por jugar,
el cuello le retorció.

CIX

LAS TRES NAVIDADES

I

Colgó un zapato Luz con blanca mano
en la noche de Reyes al sereno.
Pasó, haciendo de Rey, Ana su tía.
Y, al despertar la niña muy temprano,
viendo de dulces el zapato lleno,
se puso colorada de *alegría*.

II

Puso Luz su zapato á la ventana
en la noche de Reyes con recato.

CXIV

LA NOCHE-BUENA

I

Son hija y madre; y las dos
con frío, con hambre y pena,
piden en la Noche-Buena
una limosna por Dios.

II

— Hoy los ángeles querrán —
la madre á su hija decía,
— que comamos, hija mía,
por ser Noche-Buena, pan.

III

Y al anuncio de tal fiesta,
abre la madre el regazo,
y sobre él á aquel pedazo
de sus entrañas acuesta.

IV

Al pie de un farol sentada,
pide por amor de Dios...
y pasa uno... y pasan dos...
mas ninguno le da nada.

V

La niña con triste acento
— Pero ¿y nuestro pan? — decía,
— Ya llega, — le respondía
la madre... y ¡llegaba el viento!

VI

Mientras de placer gritando
pasa ante ellas el gentío,
la niña llora de frío,
la madre pide llorando.

VII

Cuando otra pobre como ella
una moneda le echó,
recordando que perdió
otra niña como aquella,

VIII

— Ya nuestro pan ha venido, —
gritó la madre extasiada...
Mas la niña quedó echada,
como un pájaro en su nido.

IX

¡Llama... y llama!... ¡Desvarío!
Nada hay ya que la despierte:

Pasó un Rey, que era un joven de alma pura,
y Luz, al despertar por la mañana,
encontrando una flor en el zapato
se puso colorada de *ternura*.

III

Ya es Luz una mujer; mas suele ahora
el zapato colgar lo mismo que antes;
y un Creso, que en poder no hay quien lo venza,
pasa haciendo de Rey, y ella á la aurora
al ver lleno el zapato de brillantes,
se pone colorada de *vergüenza*.

CX

CUESTIÓN DE FE

Ya el amor los hastía
y hablan de astronomía;
y en tanto que él, impío,
llama al cielo *el vacío*,
¡ella, con santo celo,
llama al vacío *el cielo!*

CXI

AMOR AL MAL

Por más que me avergüenza, y que lo lloro,
no te amé buena, y pérfida te adoro.

CXII

VERDAD DE LAS TRADICIONES

I

Ví una cruz en despoblado
un día que al campo fui,
y un hombre me dijo: — «Allí
mató á un ladrón un soldado.»

II

Y ¡oh pérfida tradición!
cuando del campo volví,
otro hombre me dijo: — «Allí
mató á un soldado un ladrón.»

CXIII

MAL DE AMOR

¡Ya no tengo esperanza
de que acabe jamás la pena mía,
pues al perder en tí mi confianza
no he perdido el amor que te tenía!

duerme; está helando, y la muerte sólo es un sueño con frío!

X

La toca. Al verla tan yerta, se alza; hacia la luz la atrae, se espanta, vacila... y cae á plomo la niña muerta.

XI

Del suelo, de angustia llena, la madre á su hija levanta... Y en tanto un dichoso canta: — ¡Esta noche es Noche-Buena!...

CXV

LAS BUENAS PECADORAS

Después de días de tormentas llenos te ví en misa rezar con santa calma, y dije para mí: — «Del mal el menos; da el cuerpo al diablo, però á Dios el alma!»

CXVI

LA LEY DEL EMBUDO

De su honor en menoscabo, faltó un esposo á su esposa; ella perdonó amorosa, y el público dijo: — ¡Bravo! Faltó la mujer al cabo, harta de tanto desdén, y el falso esposo ¿también perdonó á la esposa? No: el esposo la mató, y el público dijo: — ¡Bien!

CXVII

ROGAD Á TIEMPO

Marchando con su madre, Inés resbala, cae al suelo, se hiere, y disputando se hablan así después las dos llorando: — ¡Si no fueras tan mala!... — No soy mala. — ¿Qué hacías al caer?... — ¡Iba rezando!

CXVIII

HERO Y LEANDRO

I

A Hero Leandro adoraba, y, por verla, enamorado el Helesponto cruzaba todas las noches á nado.

II

Y, según la fama cuenta, Hero una luz encendía que en las noches de tormenta de faro al joven servía.

III

Una noche á Hero, cansada de mirar hacia Bizancio, rendida, aunque enamorada, la hizo dormirse el cansancio.

IV

Y esto su amor no mancilla, pues todas, lo mismo que Hero, tienen el cuerpo de arcilla aun teniendo alma de acero.

V

Y lo más triste es, que apenas la pobre Hero se durmió, cuando un aire desde Atenas la luz, soplando, apagó.

VI

Viendo él la luz apagada, sintió aquel olvido tanto, que maldiciendo á su amada, abrasó el mar con su llanto.

VII

Y queriendo ó sin querer, de pena se dejó ahogar, sin que él pudiese saber si le ahogó el llanto ó la mar.

VIII

Lo cierto es que al desdichado, al rayo del sol primero, la tormenta le echó, abogado, al pie de la torre de Hero.

IX

Y cuando muerto le vió, Hero, cual Leandro fiel, se arrojó al agua y murió, como él, por él, y con él.

X

¡Que ellas, fuertes en amar y flacas en resistir, si duermen para esperar, despiertan para morir!

CXIX

GUARDAS INÚTILES

I

— Ya anoheció: ¿quieres que hablemos, Lola, aquí, á solas los dos?
— La que es buena, señor, nunca está sola, pues está con su madre ó está con Dios.

II

— Lola, ¿es verdad que un día os encontraron solos, allí, á los dos?
— Eso es porque aquel día se quedaron mi madre en casa y en el cielo Dios.

CXX

CONTRASTES

I

¡Mucho le amaste y te amó!
¿Recuerdas por quién lo digo?
Era tu amante y mi amigo.
¡Amaba, sufrió... y murió!
Cuando su entierro pasó, todos te oyeron gemir.
Mas yo, Inés, al presentir que lo habías de olvidar, sentí, viéndote llorar, la tentación de reir.

II

Al año justo ¡oh traición!
al baile fui de tu boda, y allí, cual la villa toda, ví el gozo en tu corazón.
¿Y el muerto? ¡En el panteón!
¡Ay! cuando olvidada de él á otro jurabas ser fiel, yo, al verte reir, gemí, y dos lágrimas vertí amargas como la hiel!

III

Primero amor: ¡luego olvido!
Aquí tienes explicado por qué en el baile he llorado y en el entierro he reído.
¡Siempre este contraste ha sido ley del sentir y el pensar!

¡Por eso no hay que extrañar que, quien lee en lo porvenir, vaya á un entierro á reir y acuda á un baile á llorar.

CXXI

EL PÁJARO CIEGO

I

Porque dicen que un pájaro en cegando canta más y mejor, los ojos le vació, como jugando, Casilda á un ruiseñor.

II

Y después ¿cantó más y con más fuego el ruiseñor? ¡Ah, sí!
Se siente más cuando se está más ciego.
¡Esto lo sé por mí!

CXXII

DOS LIBROS DE MEMORIAS

I

LO ESCRITO EN EL LIBRO DE ÉL

Así se hace uno querer.
¡Cuánto gusto á aquella fatua con mis posturas de estatua!
Miro... y mira... al fin, mujer.
Escribe para hacer ver que tiene las manos bellas.
¿Se va? Pues sigo sus huellas, porque prueba su rubor que ya está muerta de amor.
Esta es como todas ellas.

II

LO ESCRITO EN EL LIBRO DE ELLA

Aquel don Juan de parada pone para enternecerme los ojos como quien duerme.
Cree el muy necio que me agrada.
¡Qué osadía en la mirada!
¡Qué modos tan importunos!
Me voy, me voy; hay algunos que, amantes dignos de algunas, creen que todas somos unas porque ellos todos son unos.